

— ¡Claro que tiene que parecerse! — exclamó el maestro de armas. — ¡Y yo que me acuerdo, como si fuera ayer, de mi Pequeño Parisiense... dispéñeme, señora Aurora... quise decir, del conde de Lagardère... ¡Pardiez! lo reconocería hasta á través de una tapia.

Que Dios proteja los esfuerzos de ustedes dos y les guíe hacia él — dijo la condesa. — Yo rezaré ardientemente en espera del resultado de sus investigaciones.

En la calle, apoderóse Cocardasse del brazo de Helouin, con una familiaridad que no sorprendió mucho al policía, pues estaba habituado á las singulares costumbres de Gascuña.

— Mire, muchacho — dijo el maestro de armas sin gran turbación, — si usted quiere, yo no le llamaré sino barón de Posen.

— ¿Por qué? — preguntó sonriendo su interlocutor.

— Porque el Pequeño Parisiense me llamó una vez *hidalgo* y un hidalgo no trata sino con gentes de alto copete ¡viva Dios!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apr. 1925 MONTERREY, MEXICO

## VIII

## LA RESURRECCIÓN DE PEYROLLES

Los malvados, y esto está científicamente reconocido, tienen un organismo más perfecto y de mayor vitalidad que el de las gentes honradas.

Podríamos citar, en apoyo de lo que decimos, la antigua frase: « la mala hierba nunca muere. »

Podríamos también señalar los tratados del célebre criminalista italiano doctor Borriglione, del siglo XVI, tratados que tienen por objeto: *Della struttura superiore, interna e esterna del corpo degli birbanti*; ó las obras del erudito benedictino fray Garus que durante cuarenta años amontonó volúmenes para demostrar que el hombre malo tiene incontestable superioridad sobre el hombre bueno, y resiste mejor que éste cuantos males y golpes reciba.

Pero creemos preferible dar una prueba aún más terminante de la ventaja de que gozan ciertos individuos.

Se recordará que, veinte años atrás, cuando Enrique de Lagardère se precipitó al cementerio de Saint-Magloire para libertar á su novia, Aurora de Nevers, de las manos de los secuaces de Gonzaga, Peyrolles, que guardaba con éstos la escalinata de la iglesia, había caído bajo la terrible espada del Pequeño Parisiense, lanzando un grito de agonía.

Se recordará también que, en el momento en que Gonzaga entraba á su vez en el fúnebre recinto, é, ignorando la hecatombe que acababa de verificarse, preguntaba dónde se hallaban los suyos, le respondió Lagardère, señalando á Montaubert, Taranne y Peyrolles, tendidos por el suelo :

— Aquí están.

Que, entonces, inclinóse Gonzaga contra Peyrolles, cuya pérdida era la que más le afectaba y pronunció un gran grito de dolor al tocar la sangre caliente que manaba del cuerpo de su factótum.

Era, pues, de suponer, según esto, que ese último, lo mismo que sus cómplices, había entregado su fea alma á Satanás, porque la espada del Pequeño Parisiense no producía sino heridas mortales.

¡Pues bien! el que así pensare estaba en un error, y he ahí la prueba que queríamos aducir para convencer de la veracidad de nuestro aserto á los que osaran ponerlo en duda.

¡Peyrolles no estaba muerto!

En calidad de maestro malvado no podía estarlo.

Y sin embargo había recibido una buena estocada que le atravesó de parte á parte la garganta.

Pero su perversidad sirvióle de égida y el hierro mortífero no había tocado ningún órgano esencial.

Cuando, media hora después del épico combate en que Lagardère salió vencedor, había la muchedumbre abandonado el cementerio de Saint-Magloire y devuelto al campo santo su acostumbrada soledad, Peyrolles, que, con notable presencia de ánimo en aquel instante supremo, había colocado sus manos en el doble orificio de su herida para detener la hemorragia, se levantó despacito con ayuda del brazo que le quedaba libre y exploró los alrededores.

Nada sospechoso se veía; la oscuridad había reemplazado á la humeante luz de las antorchas, y todo se hallaba inundado en una sombra densa y protectora. Entonces, terminó de levantarse y, vacilando, titubeando como un hombre ebrio, empezó á caminar.

Al dar el primer paso, tropezó con un obstáculo.

— Debe de ser Montaubert — murmuró.

Y al dar vuelta al cadáver su pie tropezó con otro cuerpo.

— Y este, Taranne, — añadió sacudido por un escalofrío.

Apresuró cuanto pudo su marcha y consiguió ganar la puerta del cementerio.

Allí sintió cierta debilidad.

Tuvo que recostarse contra la verja para no caer.

Ante él, á poca distancia, alzábase el palacio de Gonzaga.

El edificio, tan lleno, hacía un rato, de vida y movimiento, estaba entonces silencioso y desierto, y tar-

daría mucho en recobrar su antiguo esplendor... si no que llegaba á recobrarlo.

De todos modos, á Peyrolles le estaba prohibido para siempre su acceso. ¡Para siempre!

Y sin embargo, allí era donde había reinado como amo.

Allí fué donde, aun aquella misma mañana, una muchedumbre suplicante se arrastraba á sus pies, acobardando el menor movimiento de su fisonomía, pronta á temblar al menor fruncimiento de sus cejas ó á alegrarse á su más ligera sonrisa.

Y ahora, la nada.

La nada por todas partes, en él y en torno de él.

Porque estaba muerto, muerto como Gonzaga, si no de hecho, á lo menos en apariencia.

Desde entonces no podía dejarse ver.

Sus riquezas, sus inmensas riquezas estaban perdidas.

Descansaban en valores y propiedades é iban á ser confiscadas en provecho del Estado.

No le quedaba más que lo que poseía en su casa, algunos cientos de miles de francos.

¿Qué era esa miseria, comparada con sus millones!

Y todo aquello era obra de Lagardère... de ese Lagardère cuya pérdida había tramado tan bien de acuerdo con el príncipe, y que, en el momento en que los dos creían llegada al conde su última hora, bajó éste de repente del cadalso ya subido á medias, para aplastarlos bruscamente bajo sus pies.

Estos pensamientos calentáronle la sangre y poco faltó para que se desmayase.

Pero no tardó en reponerse, obligando á calmarse á su cerebro.

Eran próximamente las diez de la noche, acababa de sonar el toque de queda, haciendo entrar de prisa en sus hogares á los pocos noctámbulos que había aún fuera.

Peyrolles, con las manos todavía en la garganta perforada, dejó la reja del cementerio y se dirigió hacia la calle de los Ours que estaba cerca.

Afortunadamente no había nadie en su camino y no tuvo que dar rodeo alguno para llegar á ella.

Cuando iba á penetrar en dicha calle, tuvo que apoyarse un momento contra la pared de una casa.

Desfallecía de nuevo.

La sangre que se filtraba á través sus dedos, escurría hasta en su jubón de terciopelo negro y lo adornaba con arabescos de color de púrpura.

Nublábasele la vista, y pensó:

— Me voy á morir aquí.

Poco á poco, sonaron pasos en una calle cercana, la de las Dos Iglesias.

Era la ronda.

— ¡Si me ven estos soldados, estoy perdido! — se decía.

Acudiendo á cuanto de energía le quedaba, púsose de nuevo en marcha, recorriendo uno de los lados de la calle de los Ours; tropezaba con las paredes y daba traspies á cada paso.

Por fin llegó á una tienda sobre la cual se balanceaban dos bacías.

Estaba cerrada; pero en su interior brillaba una luz. Llamó á la puerta con un codo, para no emplear las manos que le retenían la vida.

Abrió un hombre.

Peyrolles cayó casi, en sus brazos.

El hombre era uno de esos barberos curanderos, algunos cirujanos, que curan á veces.

Vió en seguida de lo que se trataba, y después de haber instalado al herido en una butaca, como si se preparase á afeitarlo, fué en busca de vendas, aguja e hilo, y procedió á la cura.

Aunque no pertenecía á la Facultad, era muy hábil en su oficio.

Más de un pellejo de caballero, abierto en algún duelo por la punta de una espada, había sido cosido por él con admirable destreza.

En un periquete cerró los labios de las dos llagas, les aplicó una muñeca empapada en un líquido cicatrizante y rodeó todo con una venda de sujeción.

De ese modo, el factótum de Gonzaga parecía una momia egipcia recién embalsamada.

— No importa — dijo el barbero así que hubo terminado. — ¡De buena ha escapado usted!

Una línea más, y le perforan la carótida.

— ¿Y qué?...

— Que en ese caso, la muerte es instantánea.

Peyrolles se estremeció: ¡sólo le había faltado una línea!

— ¿Y estoy fuera de peligro ahora? — preguntó con cierta ansiedad.

— No se estropee el vendaje, quédese en reposo, y dentro de un mes, ó dos á lo sumo, estará usted tan gallardo como antes.

Pero — añadió, convencido de que hablaba con un duelista desgraciado — le quedará un resabio, en recuerdo de tan terrible estocada. Una especie de torticólis crónico.

Reanimado, pero no contento, Peyrolles dejó ver una mueca.

Pagó al hombre y salió.

Este, discreto por profesión y acostumbrado á semejantes visitas, no cometió la imprudencia de interrogarle acerca de la procedencia de la herida.

Sabía que á aquella clase de clientes — pues seguía creyendo que Peyrolles venía de un duelo — no les gustaba ser interrogados.

— ¿Y dónde voy ahora? — preguntó el antiguo intendente de Gonzaga.

Reflexionó un instante; luego, decidido, retrocedió el camino, bajó hacia el centro de Paris y llegó á la puerta de Montmartre.

Recordó que tenía un hotelito en la Grange Batelière, que le había cedido hacia poco el duque de Lauzun, enviado al ejército por su padre que, viendo en su hijo un fiel imitador de su conducta, quería, alejándolo momentáneamente, quitarle de la vista el modelo.

Aquel hotelito, que era una de esas casas llamadas entonces *locuras*, consistía en un pequeño pabellón sito en el centro de un jardín plantado de arbustos lo bastante elevados para detener á su paso las miradas curiosas.

Peyrolles llegó á él.

Tres semanas permaneció allí, oculto á los ojos de todos; luego, al cabo de ese tiempo, completamente restablecido, dispúsose á salir de París.

De su herida no le quedaba sino un movimiento que, como le había predicho el médico improvisado, le hacía á menudo inclinar la cabeza contra el hombro izquierdo.

Uno de los músculos extensores del cuello había sido alcanzado por la espada y lesionado intensamente.

La víspera del día señalado para su partida, se introdujo furtivamente en el hotel de Gonzaga.

La antigua *Casa de oro* donde la flor y nata de la nobleza y de la banca había alquilado puestos al opulento príncipe de Mantua, en donde el menor rincón, la caseta del perro Medor, había servido de tienda á una criatura humana, al famoso *Jorobado* de la calle de Quincampoix; aquel espléndido monumento, tan ruidosamente ocupado antes, estaba ahora todo abandonado, desde la trágica muerte de su último propietario. Peyrolles pudo, pues, ir á sus habitaciones y reunir todos sus valores líquidos, sin ser molestado.

Apenas tenía allí seiscientos mil francos.

Al día siguiente franqueaba las murallas de la capital.

Volvióse á poca distancia y extendiendo el brazo en la dirección del hotel de Nevers, dijo, con voz en que vibraba el más violento odio.

— Date prisa en gozar de tu triunfo, Lagardère. Date prisa en tomar cuanta felicidad puedas, porque tus días están contados y no tardará en atacarte la muerte.

Te sorprenderá en plena alegría, cuando, radiante

de juventud y de amor, creas poder vivir dichoso muchos años.

Vendrá á arrancarte de los brazos de los tuyos, de sus caricias; y de tu cuerpo soberbio hará una masa inerte que la tierra acabará de aniquilar.

Y no se detendrá en ti mi venganza.

Tu mujer y tus hijos, si los tienes, sentirán también el efecto y pronto irán á reunirse contigo en la tumba.

Sí, sí, — añadió con expresión de rabia — todos vosotros pereceréis por mi mano.

Lo juro por Satanás, ante quien hago este juramento y cuya protección invoco para castigaros más seguramente.

¡Hasta la vista, pues, Lagardère!...

¡Ese Peyrolles cuyo estertor has oído en los horrores de la agonía, que lo crees ya presa de insectos inmundos, está más vivo que nunca, y algún día volverá para matarte á su vez, para pisotearte, cómo tú has hecho con él!

Una vez más, te digo ¡hasta la vista!... antes de mucho tiempo nos volveremos á ver...

Después de proferir tan terribles amenazas, alejóse por la polvorienta carretera.

Á media legua de allí aguardábale una silla de posta para conducirlo á Bélgica, en donde había decidido fijar su residencia, escogiendo Brujas como punto para ésta.

En aquella época, Brujas era ya « Brujas la muerta ». Esta ciudad, que fué una de las más poderosas de la vertiente occidental de Bélgica, que, por su comercio

considerable se había colocado entre las grandes capitales de entonces; cuyos innumerables barcos surcaban en todos sentidos los mares; esa ciudad que había merecido llamarse « la Espléndida », no era ya, desde los comienzos del siglo xviii, sino una villa sin vida, silenciosa y desierta.

Sus rivalidades con Gante, sus guerras exteriores, sus revoluciones intestinas, la pérdida de las libertades locales confiscadas por los duques de Borgoña fueron la causa de su decadencia.

Cien años, á lo sumo, bastaron para arruinarla del todo.

Sólo sus monumentos atestiguaban aún su magnificencia pasada.

Sus bolsas de comercio, soberbios edificios en que se reunía antes multitud de negociantes de todas las naciones del globo, sus iglesias de arquitectura imponente, adonde afluían los fieles, sus museos llenos de obras maestras de arte, conservaban aún la huella de su esplendor y se la recordaban á las nuevas generaciones.

Pero, sobre ellos, como sobre el resto de la población, habíase extendido un velo de sombría tristeza que les daba aspecto de seres que han dejado de vivir.

« Brujas la muerta » estaba, pues, bien denominada. Allí fué donde se retiró Peyrólles.

Necesitaba vivir en la oscuridad durante algún tiempo, y fué á buscar allí su escondite.

¿Quién hubiera podido pensar que existía aún?

Rara vez recibía la ciudad caída, visitas de extran-

jeros, y los que se aventuraban á traspasar sus muros, sobrecogidos por el frío de aquella tumba habitada, de calles silenciosas, plazas sin animación, en donde nunca se dejaba oír el menor ruido, apresurábanse á marcharse á toda prisa, con el alma invadida por vago espanto, como al aspecto de una ciudad fantasma.

## IX

## UNA ADOPCIÓN

Allí vivía Peyrolles, todo lo retirado posible, sin tratar con nadie; únicamente pensaba en su venganza, la elaboraba, la maduraba con cuidado, esperando reunir todos los elementos de acción para cumplirla.

Una noche que, después de pasearse por la ciudad, regresaba á su casa, distinguió ante sí á una chiquilla de unos doce años cuyo aspecto le intrigó.

La niña corría algunos instantes, deteníase de pronto, miraba á las casas, luego, como desanimada, volvía á emprender su carrera.

Alcanzóla Peyrolles y le preguntó qué hacía, corriendo tan tarde por las calles.

— Busco un médico — repuso lloriqueando — y no sé donde encontrarlo.

— ¿Tiene usted algún enfermo en su casa?

— Sí, mi padre, que se está muriendo... y no encuentro ningún médico que lo salve.

— Yo tampoco conozco — repuso Peyrolles.

— Nada, que mi padre está perdido — gimió la niña, cuyas lágrimas redoblaron.

El antiguo intendente de Gonzaga no era de naturaleza muy tierna, y, por lo general, dejábanle indiferente los males de sus semejantes. Sin embargo, en esa ocasión, sin que él pudiera explicarse el motivo, sintió cierto interés por la desgracia que se presentaba ante él.

— Vamos á ver, muchacha — continuó, — yo tengo ciertas nociones de medicina, y tal vez pueda ser útil á su padre, si el caso es tan urgente como usted dice.

¿Quiere llevarme junto á él?

— ¡Oh! ¡sí! ¡ya lo creo! Venga pronto...

Y se llevó á Peyrolles.

Á los pocos minutos de andar, llegaron ante una casa de uno de los barrios más pobres de la ciudad.

— Aquí es — dijo la pequeña, — sígame, que voy á guiarle.

Franquearon una escalera, subieron hasta el último piso y penetraron en un miserable cuarto, donde, á la luz indecisa de una candela, Peyrolles vió á un hombre tendido en un catre, con la muerte escrita ya en la frente.

Era un individuo de cuarenta á cuarenta y cinco años y cuyas facciones no carecían de distinción.

— ¿Eres tú, Bathilde? — preguntó el moribundo, con voz débil como un soplo, y sin notar la presencia del extraño.

— Sí, padre.

— ¿Por qué has salido? ¿Quieres, acaso, que me muera sin verte?

— Bajé para buscar un médico.

— Ya te he dicho que no lo necesito... Dame de beber... Me arde el pecho.

La niña llevó á los labios del padre una taza en cuyo fondo quedaba un poco de tisana.

El hombre bebió con avidez y pareció reanimarse un poco.

— Entonces distinguió á Peyrolles y pintóse el asombro en su rostro.

— ¿Es usted doctor, caballero? — preguntó. — Si lo es, verá en seguida, que su arte no ofrece recursos suficientes para poder servirme.

— No soy doctor — repuso Peyrolles. — Acabo de encontrar á esta niña que buscaba un médico capaz de aportar algún alivio al mal que usted padece.

Como yo no estaba mejor enterado que ella y no sabía á quién dirigirla, me he ofrecido, para dar á usted algún auxilio, si está en mi poder.

— Gracias, señor, por su generosa intención; pero, se lo repito, todo socorro es ya inútil...

— Déjeme cuando menos suavizar sus últimos momentos.

Llevo siempre conmigo un cordial del que hago á veces uso yo mismo y que posee la virtud de calmar instantáneamente los más intensos dolores.

Al mismo tiempo, introducía un frasco entre los apretados dientes del enfermo é hizo resbalar algunas gotas por la lengua.

El hombre experimentó en el acto un gran alivio y pareció volverle la vida.

— ¡Oh! ¡oh! — dijo tratando de sonreír — ¿es algún licor diabólico?

Me siento, en efecto, mucho mejor, y si no me viera condenado, podría creer que me quedaban aún muchos días de vida.

— ¿No conserva usted esperanzas de recobrar la salud?

— Ninguna; todo se ha roto en mí; tanto los resortes morales como los físicos.

— Pero, para agravarse así su mal, no lo habrá usted cuidado desde el principio.

— Nunca fué mi mal, de esos á que pueden aplicarse los cuidados ordinarios.

— ¡Ah! — exclamó Peyrolles, como interrogando.

— Primero fué atacada el alma; mi enfermedad no ha sido sino consecuencia de la herida que aquélla padecía.

— Creo comprender... ha sido usted torturado por reveses de fortuna — continuó el antiguo intendente, que no sospechaba que pudiera haber en la tierra males peores que esos; — por otra parte, fácil me es ver que no siempre ha estado usted en la miseria, según me lo demuestran su modo de expresarse y varios indicios que en usted observo.

— Está usted en lo cierto... y hasta he conocido la opulencia, en otros tiempos... He tenido un palacio y un boato fastuoso en mi casa... Elevados personajes me han honrado con su amistad... y han venido á sentarse á mi mesa, cuyo lujo era proverbial..



En una palabra, era yo un segundo Creso...

Pero ¡ay! todo eso se desvaneció en pocos años, desapareció, arrastrado por una tormenta contra la que en vano traté de luchar.

— ¿Cómo ha podido suceder?

El enfermo echó una ojeada á su hija.

Fatigada, sin duda, por las noches pasadas en vela al lado de su padre, acababa de quedarse ésta dormida en una silla.

Seguro entonces de que ella no le oía, continuó el paciente :

— Una mujer, la madre de esta niña, es quien causó mi ruina.

— ¡Una mujer! — repitió Peyrolles con tono algo desdeñoso. — ¿Se ha dejado usted arruinar por una mujer?

El desgraciado acababa de perder de un golpe gran parte de la estima del ex factótum.

Era tan poca cosa para él la mujer, que no comprendía que pudiera ésta ejercer influencia alguna en la vida de un hombre.

— Sí, una mujer á quien yo adoraba, y que me convirtió en juguete suyo.

Estaba yo tan cegado por mi amor, tan contento de verme bajo su yugo, que sus deseos más extravagantes, y sus más fantásticos caprichos me parecían muy naturales y eran satisfechos en seguida por mí, con profunda alegría.

— Permítame decirle que eso era una gran debilidad, ¡apasionarse de ese modo, por una de esas cria-

turas locas cuya misión en la tierra es emponzoñar la sana tranquilidad de nuestra existencia!

— Sólo me desengañé al cabo de muchos años, cuando ya mi pérdida era irreparable.

— ¿Y era su esposa legítima?

— Lo fué luego.

— ¡Insensato!

— He aquí, en pocas palabras, mi historia :

— Me apellido de Wendel.

Hijo de muy buena familia, pero comerciante, como todos los de mi nación, fuí en otros tiempos uno de los armadores más importantes de Amberes.

Pronto me sonrió la fortuna y yo veía aumentar de día en día mis riquezas.

Hasta entonces, aunque tenía ya treinta y seis años, no había conocido el amor.

No hablo, por supuesto, de esos enlaces pasajeros que todo hombre contrae en la vida y que á nada comprometen su corazón. Los había tenido, como todo el mundo.

— Esos son los mejores, y á ellos debería usted haberse limitado.

— Hoy estoy muy próximo á creerle; pero en la época de que hablo, sentía yo necesidad de amar formalmente, y estaba harto de amores fáciles.

Aspiraba á encontrar una mujer á quien poder consagrar mi existencia y ofrecer los tesoros de cariño que en mí abrigaba.

— No tardó en realizarse mi deseo.

Un día desembarcó en Amberes una joven de veinti-

cinco años que, no teniendo padres, venía á vivir con un tío suyo que habitaba en nuestra ciudad.

Era veneciana y tenía la belleza de las mujeres de su patria.

En cuanto la ví, me enamoré perdidamente de ella,

Y lo raro es que no pensé en seguida hacerla mi esposa; al principio sólo tenía idea de ser su amante.

Lo conseguí, y vino al mundo esa niña.

Muerto poco después su tío, ella me pidió que legitimase nuestra unión.

No me atreví á negarle ese deseo, aunque los míos me pusieron en guardia contra la locura que iba á cometer é hicieron los imposibles para que desistiese.

Por nuestros corresponsales de Venecia, pidieron informes de Leona — este era su nombre — y los recibieron muy desfavorables.

Ya había tenido ella numerosas intrigas, había derrochado el patrimonio de dos ó tres hijos de buenas familias que se habían enamorado de ella; en una palabra, pasaba por una aventurera.

Nada de eso me detuvo, y casé con ella, con gran pena de mis padres, cuya voluntad desatendí.

Apenas casados, y so pretexto de que la frialdad de mi familia era para ella un insulto constante, me obligó á abandonar mi nación para ir á vivir en la suya.

Entonces empezó para mí una vida insensata.

Disponiendo á su antojo de mi inmensa fortuna, entregóse á todos los caprichos que le sugería su fantástica imaginación.

Dimos fiestas deslumbradoras, bailes, recepciones.

Hizome comprar un palacio donde reuníamos á la loca juventud de Venecia en noches que nos costaban sumas fabulosas.

Yo la dejaba cuanto quería; tenía por Leona verdadero culto y era dichoso al ver que mi fortuna servía para saciar su frenesí de placeres.

Varios amigos que tuve entre mis comensales creyeron deber abrirme los ojos é indicarme el abismo hacia donde me precipitaba con pasos agigantados.

Pero, una vez más, estaba yo ciego, y rechazaba sus consejos como obvios.

Y hasta les invité á no torturarme los oídos con lo por venir, lo cual les alejó para siempre.

En fin, no obstante, tuvo que presentármese la verdad.

Los banqueros en cuyas casas había yo depositado mis fondos me advirtieron unos tras otros que ya no me debían nada y que como mi comercio, del que no me había vuelto á cuidar desde que salí de Amberes, era ya completamente nulo, no podía esperar ningún crédito de ellos.

Quedé como herido por un rayo.

¿Que iba á decir Leona ante tal desastre?

Hice lo imposible para ocultárselo. Tomé dinero prestado de varias personas que me creían todavía rico, y contraí con ellas deudas formidables sin saber por qué medio las podría pagar.

¡Tras la locura, la deshonor!

Cierto día, harto de tan horrible existencia, decidíme á contárselo todo.

La víspera habíamos dado una fiesta que nos costó cerca de cien mil francos, cantidad que conseguí estafar — sí, estafar — á un viejo amigo que ignoraba mi ruina.

Eran las once de la mañana y creí encontrar á Leona todavía en la cama. Me dirigí á sus habitaciones, no sin aprensión y preparando una entrada en materia que suavizase la crueldad de la confesión que allí me llevaba.

Cuando penetré en su cuarto, lo primero que me llamó la atención fué el desorden que en él reinaba.

Los cajones de los muebles estaban abiertos y de ellos habían sacado los principales objetos, á toda prisa, según se veía por el barullo de los que quedaban.

Luego observé que su cama estaba intacta, y que Leona no debió de descansar en ella.

Cuando estaba yo inmóvil, en medio de la habitación, tratando de comprender todo aquello, la sarcástica sonrisa de un criado que me miraba de reojo hizo nacer en mí terrible sospecha é iluminóme casi en seguida sobre mi desgracia.

— Ya me figuro — dijo Peyrolles — al ver que no podía usted subvenir ya á sus costosos caprichos, lo abandonó.

— Precisamente, y supe que se había fugado con un rico veneciano que fué una de nuestras más asiduas visitas.

Ese fué el último golpe, y noté que no sobreviviría á él.

La miserable, que era tan mala madre como mala esposa, me dejó afortunadamente nuestra hija.

Sali con ésta de Venecia y vine á refugiarme aquí, para, siquiera, morir en mi patria.

No quería volver á Amberes. Mi padre y mi madre murieron de pena, poco después de mi boda, legando sus bienes á la ciudad para emplearlos en fundaciones benéficas. No quisieron que fueran á aumentar mi fortuna... y tuvieron razón.

Hace dos años que resido en Brujas, donde, hasta, ahora, he vivido de algunos cientos de francos que me quedaban en cartera al salir de Venecia, si puede llamarse vivir á permanecer constantemente clavado á un catre, con el cuerpo y el alma roídos por la enfermedad y la pena.

— Aunque usted mismo haya sido el autor de su triste situación, le compadezco sinceramente — dijo Peyrolles, para parecer haberse interesado con el relato del pobre hombre.

— No merezco compasión... — repuso el moribundo.

— Este triste fin no es sino el justo castigo de mi conducta indigna, y lo acepto sin murmurar.

Lo que me preocupa es la suerte de mi hija... ¿qué va á ser de la pobrecita, cuando yo no exista?

El pensar en su porvenir es lo que más me atormenta y no me deja un instante de reposo.

— Grande debe de ser, en efecto, su inquietud... una niña de doce años, sola en el mundo...

— Y lo que más aumenta mis temores es que Bathilde, según he notado varias veces, tiene absolutamente la misma imaginación fantástica de su madre; quiero decir que, á pesar de su edad, tiene ya inclinación al

lujo, á la opulencia; sueña con ser rica, inmensamente rica, con poder tirar oro á manos llenas.

Varias veces la he oído emitir raras opiniones á ese respecto, tan raras, que me han horrorizado.

— ¡Ah! — exclamó Peyrolles, á quien parecían interesar esos detalles.

— Sí, señor, desgraciadamente.

¡ Pues no me dijo un día que no retrocedería ante el crimen, para conseguir una fortuna!

Sobrado sé que esas son ideas de niña; pero, ¿ no le parece raro que germinen tales pensamientos en un cerebro tan joven?

— En efecto, — replicó el antiguo intendente — es extraordinario.

En eso se ve una precocidad poco común.

Al mismo tiempo, miraba á la niña, que continuaba durmiendo.

Era muy bonita.

La sangre flamenca mezclada con la sangre ardiente del país de su madre, dieron á sus facciones un tipo de belleza muy particular.

De cabellos negros, pero con el cutis blanco y rosado como el de las mujeres del Norte, sería, más adelante, una persona seductora.

Peyrolles lo observó con gran satisfacción.

Desde hacía un rato, elaboraba un proyecto.

— Mi buen señor de Wedel — dijo de repente, — creo que puedo calmar sus inquietudes en cuanto á la suerte de su hija, si llegase usted á faltar...

— ¿ La recogería usted?

— Haré más... la adoptaré...

— ¡ Cómo!... ¡ tendría usted tanta generosidad?

— La tendría... á causa de lo mucho que me interesan sus infortunios.

El hipócrita anciano lanzó sin pestañear esa gran mentira.

— ¡ Oh! gracias, gracias, desde el fondo de mi corazón — exclamó el moribundo, asiendo y estrechando con fuerza la mano que benévolamente se dejaba coger el viejo. — El saber asegurado el porvenir de mi hija, me hará menos cruel la muerte.

Pero se me ocurre un escrúpulo.

Tal vez le sea pesada esa carga, le cree molestias, disgustos de toda clase, porque una niña de doce años, que entra como extraña en una familia...

— Ese escrúpulo carece de fundamento; yo estoy solo, completamente solo, y no tengo que recibir consejos de nadie...

— Además, el aumento de gastos...

— No se cuide usted de eso. Poseo una fortuna regular y esos gastos no disminuirán mi capital.

— En ese caso, señor, sólo me falta conocer el nombre del hombre generoso que Dios acaba de enviarme.

— Á menos que sea el diablo — dijo para su capote el antiguo factótum.

Luego, atrevidamente, sin temer darse á conocer á un hombre á quien quedaban pocas horas de vida, respondió en voz alta:

— ¡ Peyrolles!

— ¡Peyrolles!

— Sí; ¿de qué procede su asombro? — preguntó el ex intendente, presa de vaga inquietud por aquella exclamación y por el sombrío aspecto de su interlocutor.

— El hombre con quien se escapó Leona era un duque de Gonzaga. Ese Gonzaga, en la época en que aun se llamaba amigo mío, me hablaba á menudo de un pariente suyo, creo que era príncipe, que residía en París y tenía como agregado á su persona, un caballero del nombre que acaba usted de pronunciar.

¿Sería usted, por casualidad, ese caballero?

Peyrolles permaneció un segundo en silencio; luego repuso resueltamente:

— Sí; lo soy.

— ¡Oh! en ese caso, rechazo su ofrecimiento de adoptar á mi hija — dijo vivamente el moribundo.

— Se niega usted... ¿y por qué?

El enfermo se incorporó contra el codo y exclamó con resolución:

— Porque el agregado del príncipe tenía fama de granuja y miserable, fama muy merecida, y que, además, por lo que he oído contar, no le iba en zaga á la de su amo.

— ¡Caballero!... — exclamó Peyrolles frunciendo las cejas y acercándose al desconocido con aire amenazador.

— Márchese usted, márchese pronto... — replicó éste, llegando con esfuerzo sobrehumano á sentarse en la cama, y extendiendo el brazo hacia su hija como si

quisiera protegerla. — Tengo el presentimiento de que, en sus manos, Bathilde se perdería... Ya está la pobre demasiado inclinada á la locura de grandezas... y usted acabaría de impulsarla á tan fatal locura...

— ¿Esó piensa usted de mí? — preguntó friamente Peyrolles.

— Sí, y ahora reflexiono.

No debe de ser por bondad de alma por lo que usted quería encargarse de mi hija; sino porque tendrá en ello algún interés... Atrévase á decir que no le he conocido bien...

— La verdad — repuso Peyrolles, cambiando súbitamente de tono y adoptando un acento irónico, — no me cuadra seguir fingiendo más, y no experimento turbación alguna en reconocer que está usted en lo cierto.

— ¡Lo confiesa, eh!

— ¿Por qué no?... Confieso que, al recoger á su hija, pienso emplearla como instrumento en una venganza que tengo que ejecutar... y hasta aprovechar el tiempo que tarde en hacerse mujer — puesto que, dada su juventud, no podría servirme actualmente, — para prepararla poco á poco al papel que le reservo más tarde...

— ¡Ah! ¡miserable! — exclamó el desgraciado padre.

— No le ocultaré á usted — prosiguió el infame — que esas ideas de lujo y opulencia que la hostigan han de servirme mucho en esa preparación.

— ¡Oh! ahora quiero vivir... quiero vivir para salvarla... — gritó el infortunado que, por un nuevo y

poderoso esfuerzo intentó salir de su escondite ; pero sólo consiguió realizar un doloroso sobresalto en el cual agotó el resto de sus fuerzas.

Entonces, sintiendo acercársele la muerte, quiso llamar á su hija y ponerla en guardia contra el infame que había resuelto su pérdida.

Peyrolles comprendió su intención y se quedó livido.

— ¡ Cállese ! — le dijo sordamente, mientras que sus ojos inflamados iban de la pequeña al moribundo.

Conveníale que la niña no supiera nada de la escena que ocurría en aquel momento. La voz del enfermo ahogóse en su garganta, contraída ya por la agonía.

— ¡ Cállese ! ¡ cállese ! — repitió Peyrolles.

Pero el moribundo lo miraba con espanto y hacía esfuerzos más violentos.

— Ba... Bathi... — articuló.

De un brusco empujón, el miserable anciano le hizo acostar de cara contra la almohada, en la cual, con las dos manos, le aplastó la cabeza.

El desgraciado Wendel sufrió un nuevo espasmo, una convulsión suprema le sacudió todo el cuerpo, que se retorció horriblemente. Luego se quedó rígido.

Su alma, libertada de estos lazos terrestres, acababa de volar por las serenas regiones de la inmensidad.

Pero antes debió de rozar con sus alas á la niña dormida, porque Bathilde, saliendo de pronto del profundo sueño en que estaba sumida, se levantó, como movida por un resorte y se lanzó de un salto hacia el catre, gritando :

— ¡ Padre mío !...

— Dios ha sido misericordioso — dijo hipócritamente Peyrolles, que se había vuelto á levantar, — se ha apiadado de su padecimiento y lo ha llamado á sí.